



SAGA

CENTINELA

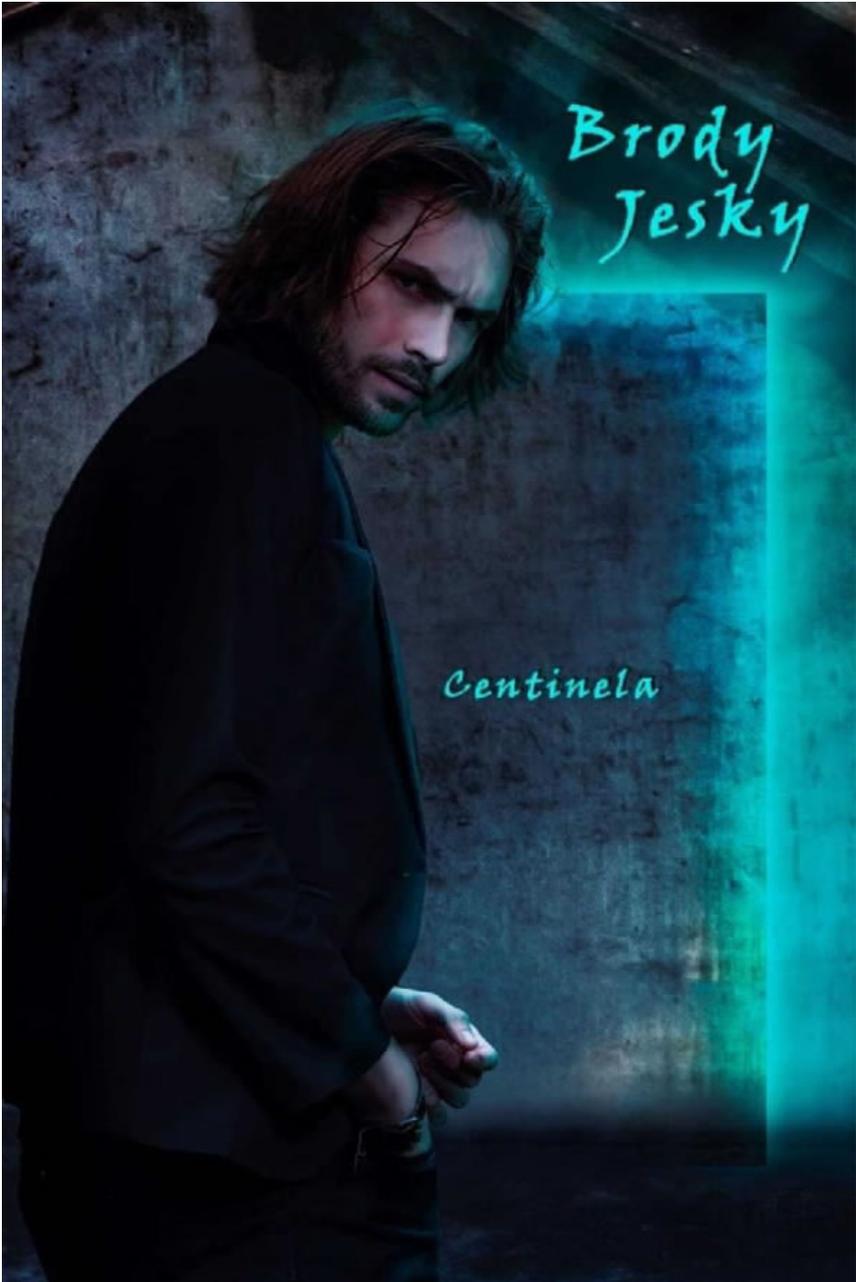
EL LEGADO

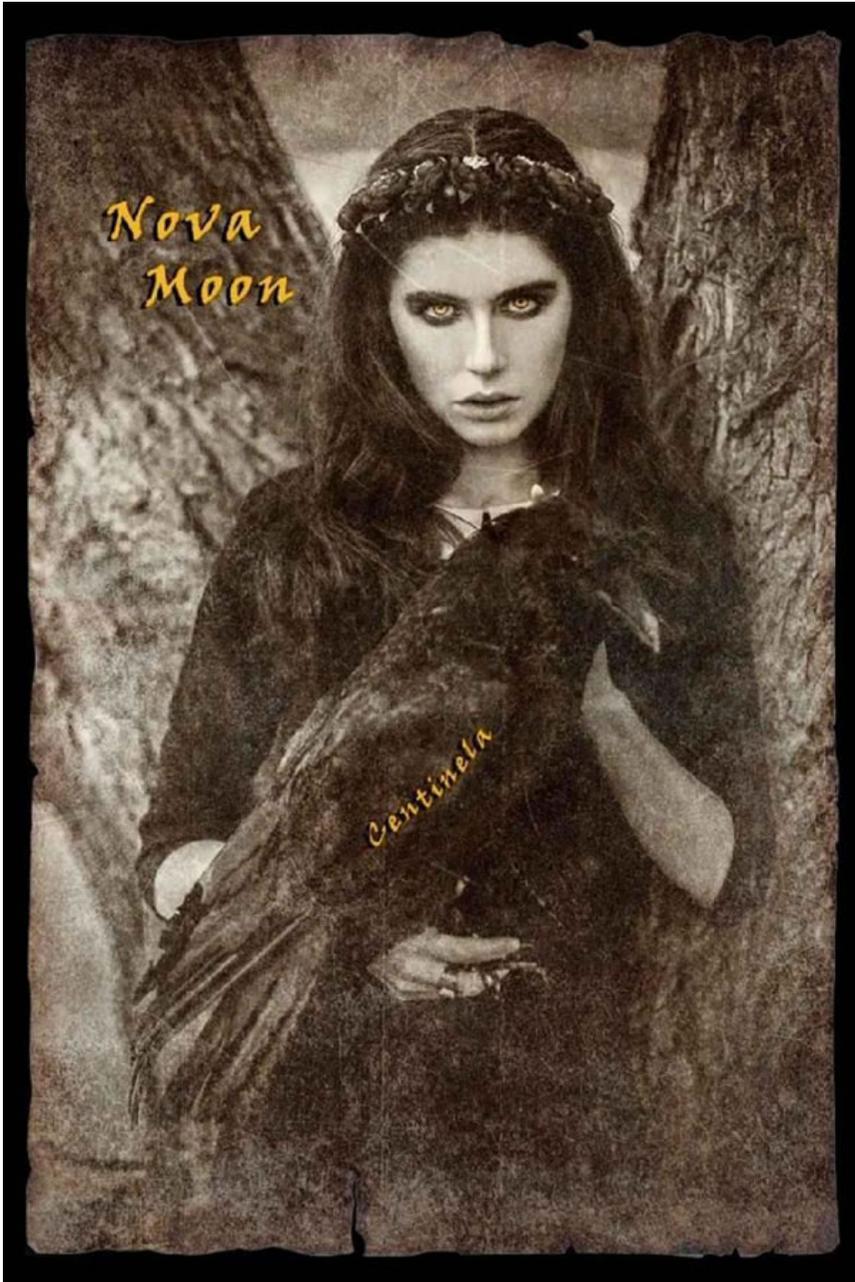


EVA M. SOLER - IDOIA AMO



La línea que separa el bien del mal es muy fina... y se encuentra en el granero de una casa en Seattle. Brody Jesky es el encargado de vigilarla, como ha hecho su familia año tras año: es su legado. El problema es que Brody ignora todo esto. Ha vivido su vida de forma normal, ajeno al hecho de que existe una puerta secreta, una puerta que no se puede abrir. Y ahora que su padre ha sido asesinado, le toca a él seguir su trabajo. Un trabajo para el que no está preparado, pese a contar con la ayuda de «El consejo», un variopinto grupo compuesto por un cazador, una bruja, un doctor y una vampira. Su deber es protegerlo contra una amenaza que pretende acabar con su vida y, de ese modo, abrir la puerta. Un equipo mal avenido, magia, monstruos... y un antihéroe obligado a proteger su legado hasta el fin.











Capítulo 1

El sonido de la lluvia golpeando los cristales de forma intermitente despertó a Brody de su sueño. La lluvia en Seattle no era nada fuera de lo común, pero aquella noche se percibía además cierta electricidad en el ambiente, como si lo peor de la tormenta estuviera aún por llegar.

Con un suspiro, alargó la mano hacia la mesilla de noche para ponerse las gafas y comprobar la hora, ya que de otra forma no vería nada más que unas figuras borrosas. Aún era de madrugada, por lo que decidió darse la media vuelta y volver a dormir.

No se había quitado las gafas aún cuando, de pronto, las ventanas se abrieron de par en par, golpeando las paredes y dejando entrar la lluvia y el viento.

Brody se incorporó, sobresaltado, aunque sin llegar a levantarse. Sabía que tenía que cerrar las ventanas antes de que se rompieran los cristales, pero no podía moverse. Era como si algo le impidiera levantarse de la cama, mientras sus ojos se mantenían fijos en la oscuridad exterior, que desaparecía a intervalos cuando estallaba algún relámpago. Las sombras parecían crecer, y, cuando le deslumbró uno seguido de un ensordecedor trueno, creyó distinguir una figura en el cuadrado que formaba su ventana. Algo imposible, puesto que su apartamento estaba en un décimo piso.

Sin embargo, la luz del siguiente relámpago duró unos segundos más... suficientes para distinguir entonces una figura femenina pegada a su pared, justo frente a él. De

pelo largo, rubio y ondulado, lo miraba con frialdad desde allí.

Se frotó los ojos, convencido de estar sufriendo alguna pesadilla, y cuando los abrió de nuevo no había nada.

Aliviado, decidió levantarse para cerrar la ventana y justo cuando apartaba las sábanas, escuchó un sonido agudo y penetrante, que le hizo llevarse las manos a los oídos, aunque sin éxito: era como si viniera de su propia cabeza, a la vez que del exterior. Una nueva ráfaga de viento agitó las cortinas, enredándolas en las ventanas, y estas golpearon de nuevo la pared. Una forma blanca entró por el hueco, una especie de humo con la forma de la figura que había visto unos segundos atrás. De repente, estaba sobre él y se echó hacia atrás instintivamente, cayendo bocarriba en la cama mientras la chica flotaba encima, con los brazos extendidos y el pelo suelto enmarcando su delicado rostro. El vestido blanco se extendía hasta sus pies, o eso parecía, puesto que no podía verlos: su forma era difusa. La vio mover las manos, de uñas largas, hacia su rostro inmóvil.

Entonces ella abrió sus labios, como si fuera a hablar, solo que el sonido que emitió fue de nuevo un grito extraño que le traspasó los tímpanos del tal modo que pensó que estallarían. La aparición abrió la boca, cada vez más, hasta deformarse de forma inhumana mientras su piel blanca y tersa se oscurecía, adquiriendo un tono gris ceniza en su rostro demacrado.

El grito se hizo cada vez más fuerte, más agudo, más largo, mientras Brody notaba la corriente de aire recorrer su habitación. Todos los objetos a su alrededor se movían y los cristales temblaban como si fueran a romperse.

—¡Para! —consiguió gritar.

Cerró los ojos con fuerza y, de pronto, todo cesó. El grito, el ruido, el viento... Solo se oía la lluvia caer de forma tranquila en el exterior. Miró hacia la ventana, que seguía abierta, y tragó saliva antes de levantarse y acercarse

despacio. Se asomó con cuidado, aún con el grito retumbando en su cabeza, pero no había nada fuera de lo común en el exterior. Los mismos edificios de siempre, la casi omnipresente lluvia de Seattle y las farolas a lo lejos iluminando las calles.

No recordaba haber tenido una pesadilla tan real en su vida.

Con un suspiro cansado, cerró la ventana y regresó a la cama, se quitó las gafas e intentó dormir de nuevo, aunque solo lo consiguió de forma intermitente.

Cuando el despertador sonó por la mañana, lo apagó de un manotazo y se frotó los ojos, bostezando. De forma instintiva, miró hacia la pared y después a la ventana, por donde ya se filtraba la luz del día.

Todo normal.

Obviamente, pensó. Una pesadilla no iba a dejar huellas, qué tontería.

Bostezó de nuevo y se acercó a la ventana para comprobar que seguía lloviendo, aunque con menos fuerza. Con sus ojos oscuros entrecerrados para ver mejor, aunque en realidad no había mucha diferencia, se dirigió al baño para darse una ducha.

Al salir, ya más despejado, pasó la mano para quitar el vaho que empañaba el espejo y miró su reflejo, algo borroso. Bueno, el pelo castaño estaba despeinado como siempre, estaba claro que tenía que ir cortárselo, pero no terminaba de encontrar el tiempo, así que hizo lo que pudo para acomodárselo y se fue a coger las gafas para prepararse el desayuno. No sería la primera vez que se ponía el café sin ellas y acababa tirándolo por la mesa. Mientras este se hacía, se tomó unos cereales y después llenó un termo para llevarse a la oficina. Allí tenían una máquina que, más que café, daba un brebaje capaz de causar una úlcera así que, tras un par de malas experiencias que aca-

baron en varios viajes al cuarto de baño, ya no se arriesgaba.

Su trabajo estaba a solo un par de manzanas de su piso, por lo que no tenía que coger ningún transporte y fue hasta allí cubriéndose la cabeza con el gorro del chubasquero.

La oficina no era especial en absoluto: como él, había varios gestores más y cada uno llevaba cuentas diferentes. Las suyas no eran nada del otro mundo, más bien de las que nadie quería por monótonas y no tenía ninguna emoción de venta o compra de acciones. Al contrario, en su mayoría trabajaba con gente mayor o de pequeños comercios, ayudándolos con sus impuestos y poco más.

Aquel día no fue diferente y transcurrió de lo más tranquilo, lo cual tampoco era algo que le importara demasiado: él era un animal de costumbres y le gustaba la rutina. Trabajar, ir a casa, salir de vez en cuando con su amigo Marcus a los sitios de siempre y, una vez por semana, visitar a su padre para mantener el contacto. Día que, recordó, justo era al siguiente. Nada fuera de lo común.

Había quedado con Marcus en Mulleady's, un *pub* irlandés que les gustaba bastante, y de ahí iría a dormir a casa de su padre para no tener que madrugar. El hombre vivía un poco apartado del centro, en las afueras, en una casa que no entendía por qué no vendía, si le sobraban la mitad de las habitaciones.

Por lo tanto, se preparó una bolsa con ropa para dejar en el coche y se fue para llegar puntual al *pub*.

Un viernes y a esas horas, estaba lleno de gente, música y ambiente animado. Comenzó a abrirse paso entre la gente que bailaba aquí y allá para llegar a la zona de barra donde solían colocarse. Distinguió el pelo rubio oscuro de Marcus y se dirigió hacia allí.

–Cuánta gente –comentó, al llegar.

–Algún cumpleaños, por lo que parece. –Hizo un gesto a la camarera para que se acercara y le pidió unas cerve-

zas—. ¿Qué tal tu día?

—Sin novedad, ¿y tú?

—Igual que siempre.

Marcus trabajaba en una asesoría, así que ni su trabajo ni su rutina diferían mucho de la suya.

—¿Comemos mañana? —le preguntó.

—No, tengo que ir donde mi padre, ya sabes. La visita de rigor.

—Pero eso suele ser los domingos.

—Sí, me ha dicho que tenía no sé qué y que fuera mañana, así que voy directo desde aquí y ya me quedo a dormir.

—¿Sigue sin querer vender?

—No sé para qué quiere vivir ahí, cada vez la casa es más vieja y no necesita tanto espacio, pero no hay manera. No quiere irse a un piso ni atado.

—Será algo sentimental.

—Seguro.

Aunque había crecido allí, la verdad era que Brody no sentía aquel apego hacia la casa. Tras morir su madre cuando era pequeño, pasó mucho tiempo interno porque su padre, médico de profesión, trabajaba demasiado y no podía ocuparse de él como debería. Y al terminar el instituto, fue a la universidad a un piso compartido y, de ahí, a su apartamento.

De pronto, notó que Marcus le pegaba un codazo y casi se tiró la cerveza por encima.

—¿Qué haces? ¡Cuidado!

—Mira, está ahí.

Brody siguió la dirección de su mirada y vio a quién se refería: la chica misteriosa. Así la llamaban, porque no tenían ni idea de su nombre, ni jamás se habían acercado a ella. Aparecía de vez en cuando, se quedaba en un lado de la barra ella sola, y cuando alguien se acercaba, apenas si les dirigía unas palabras y nunca se juntaba con nadie. Brody se había fijado en ella desde el primer día que la

viera aparecer unos meses atrás, su belleza tenía un punto exótico que le atraía como un imán. Pelo largo y negro, ojos claros ligeramente rasgados y no muy alta, solía vestir de oscuro y tenía una expresión melancólica en el rostro que le causaba curiosidad.

–¿Por qué no pruebas hoy? –le incitó Marcus.

–No, no, ¿para qué? Ya ves que nunca habla con nadie.

–Siempre hay una primera vez para todo.

Brody la miró. Justo entonces, la chica se giró y sus ojos se encontraron por un segundo. Pensó que quizá debía sonreír, hacerle alguna señal... pero en su lugar, se quedó aguantando la respiración y ella apartó la vista sin ningún gesto que evidenciara que lo había visto.

–Otro día –dijo, señalándose la ropa que llevaba puesta como si eso fuera excusa–. Mira cómo voy.

–Pues como siempre.

Eso era verdad, Brody tampoco variaba mucho de ropa: pantalones de pinzas y camisa para el trabajo, vaqueros y camiseta para el fin de semana.

–Renueva el vestuario –sugirió Marcus, encogiéndose de hombros.

Brody cogió la cerveza para no contestar. Era algo que tenía también en la lista de tareas pendientes, como su corte de pelo, sobre todo porque últimamente notaba los pantalones más justos y las camisetas más pegadas.

–Ya veré. –Dejó el vaso vacío sobre la barra–. En fin, ¿cambiamos de sitio? Esto está demasiado lleno.

–Vale.

Dejaron dinero y se fueron a otro bar, donde estaban emitiendo un partido de fútbol americano y se quedaron allí, sin beber nada más fuerte que la cerveza puesto que después Brody debía conducir.

Al terminar el partido, se despidieron y Brody cogió su coche para conducir hasta la casa de su padre, donde llegó media hora después. Ya era noche cerrada, aunque al menos no llovía.

Se bajó y miró la farola que había frente a la casa, cuya bombilla parpadeaba, dándole al lugar un aspecto más lúgubre del que normalmente tenía. En el interior todas las luces estaban apagadas, así que supuso que su padre ya estaría durmiendo y por eso procuró no hacer ruido al entrar. Claro que era más fácil decirlo que hacerlo, puesto que las escaleras de madera crujían bastante y, en la quietud de la noche, el sonido que emitían sonaba aún más fuerte.

Al llegar a la primera planta, vio que la puerta de la habitación de su padre estaba abierta, algo raro porque siempre la cerraba al acostarse. Como tenía que pasar de todas formas para llegar a la suya, se acercó para cerrarla y, al coger el pomo, vio que estaba tendido sobre la cama. Quizá fue su postura o el silencio total que reinaba en el interior lo que le alertó, porque sintió que algo no iba bien.

—¿Papá? —susurró. Al ver que no contestaba, elevó un poco la voz, dando un paso hacia el interior, y repitió—: ¿Papá?

Nada, ningún movimiento. A riesgo de despertarle y darle un susto, alargó la mano y pulsó el interruptor de la luz. La lámpara que había sobre la cama solo tenía un par de bombillas que funcionaran y no eran nada nuevas, por lo que emitían una luz anaranjada que iluminó la habitación como si se tratara de un retrato antiguo.

Y, entonces, se quedó paralizado.

Porque su padre estaba en la cama, efectivamente, pero no dormido. Tenía los ojos abiertos fijos en techo, la cara paralizada en un rictus extraño de dolor o miedo, y había sangre por todas partes.

Brody ahogó una exclamación y cerró los ojos sacudiendo la cabeza. Tenía que ser una visión, o los efectos de alguna droga que le hubieran echado en la bebida, porque no parecía real. Sin embargo, cuando los abrió su padre seguía ahí, al igual que la sangre, y corrió hacia él,

deteniéndose antes de tocarlo al ver el enorme agujero en su pecho desnudo. Aunque era inútil, le cogió para agitarlo, sin dejar de repetir su nombre, y solo pudo comprobar que estaba frío. Debía llevar unas horas en ese estado.

Aun así, le palpó el cuello, buscando su pulso, y cuando bajó las manos al pecho, vio que el agujero que tenía no contenía nada allí donde debía estar el corazón. Se llevó la mano a la boca para no vomitar y, con las manos temblorosas y manchadas de la sangre de su padre, sacó él móvil para llamar a emergencias.

Dos horas después, un policía moreno de aspecto cansado se acercó a Brody, que estaba sentado en las escaleras de la casa con expresión perdida. Acababan de llevarse a su padre en una camilla envuelto en una bolsa negra de plástico, y su mente todavía no aceptaba lo que había visto.

–Necesito hacerle algunas preguntas –le dijo el policía.

–¿Ahora? ¿Tengo... tengo que ir a comisaría?

–Ahora mismo no, podemos hablar aquí. –Sacó una tarjeta de su bolsillo–. Soy el detective Jacob Warren, de homicidios.

–¿Homicidios?

Se miró las manos, manchadas de sangre, y se las pasó por el pantalón dejando un rastro rojo antes de coger su tarjeta.

–Sí, me han llamado en cuanto han visto el cuerpo. Obviamente, no se trata de un accidente.

Brody lo miró elevando una ceja. Hasta ahí ya había llegado él, sí, no hacía falta ser un maestro de la deducción.

–Usted es Brody Jesky, el hijo del difunto, ¿verdad?

–Sí, eso es.

–Necesito su número y dirección para la ficha. –Brody se lo indicó, de forma mecánica–. ¿Tenía su padre enemi-